



PRESENCIA DE LO EFÍMERO

David Cortés Cabán

PRESENCIA
DE LO EFÍMERO

26 poemas en prosa

15 minicuentos

EDICIONES BOÁN COLECCIÓN VOCES
DEL ABACOA
ARECIBO, PUERTO RICO - 2021

Copyright: David Cortés Cabán

para Gloria

para Omar

El idioma es un ordenamiento eficaz de esa enigmática
abundancia del mundo.

Jorge Luis Borges

PROBLEMA DE PERSPECTIVA

¿Entonces este poema es un desorden?, le pregunté al poeta mayor.

Cierto, explicó: “la máquina de coser debe ir en la esquina y el pavo real debe estar en el centro”.

Sentí que existía un problema de perspectivas. Había pensado que el pavo real estuviera en la esquina y la máquina de coser en el centro.

La perspectiva no lo es todo, pensé, además la máquina de escribir está debajo de la mesa y debería estar sobre la mesa donde he puesto la máquina de coser.

Es posible que el poeta mayor haya confundido la máquina de coser con la de escribir y el pavo real quedara al fondo, detrás de la mesa.

“De ningún modo”, advirtió el poeta mayor: “cada elemento deber ir en su sitio, para que el espacio y la máquina de escribir puedan divisarse sin interferencias”.

“Comprendo”, dijo el poeta menor: “pero, ¿dónde colocamos al pavo real?”

¿HAS ESCUCHADO LA LEVE BRISA?

Pero, ¿quién soy para que la lluvia deje de cantar, y cante otra vez mientras estoy ausente? Miras la distancia después del primer amor, después del último acontecer. Los pájaros son humo, nada más el humo y el brillo sucesivo del silencio sobre las ramas. Habrás escuchado, amigo mío, la voz más luminosa mientras sigo sentado y abro mi corazón. Cuando el trino del ruiseñor sube sobre la soledad. No he podido olvidar el leve suspiro sobre la rama dorada. El corazón cruje cuando la noche lo resucita y cree echar alas. Vuelas y finges ser amado. Todo canta para ti y para los que perdieron un gran amor. ¿A quién le importa un hombre en su viajar continuo sin hallar un fin? Los otros no conocen cuando tu corazón salta al vacío. En la orilla del cántico el abedul ilumina el jardín y el humo traspasa las constelaciones fatigadas. ¿Quién se aleja cuando la luz te lleva hasta el próximo encuentro? ¿Has escuchado las sílabas sobre la madera arrugada cuando la soledad levanta tu cuerpo en el mismo lugar, lento, más lento, hasta brillar como si el amor fuera a acontecer?

VOCES QUE NO TIENEN EDAD

Cae el peso de la soledad. El país se va con las casas. Los árboles se vacían de los árboles. La noche regresa en la noche. La luna surge nueva, crece, exhibe su esplendorosa redondez, mengua y desaparece. Tu imagen también se desvanece. La mujer que vi correr por el parque está en otro lugar. Los pájaros vuelven a las ramas. La ciudad es otra y es la misma. El fulgor corona las alas del gorrión. El gorrión se aleja, su garganta llena de trinos el vacío. Me canso de caminar y sigo sin comprender. Quiero regresar y no sé a dónde. El hombre de la esquina se ríe de mi forma de ser. Miro a la señora que me dijo adiós. Vuelvo a saludar a la mujer y me alejo. He regresado y mis pasos siguen distantes. No siento el peso de la realidad. Mis vecinos tampoco la sienten.

¿NOS MERECEMOS TANTA LUZ?

No pensar en la luz a pesar de la angustia. La luz se introduce en el cuerpo. El amor clama por la claridad. Hay quienes fingen verse iluminados. La luz irrumpe en el velo y brilla revelando lo que somos. Caemos traspasados por sus rayos. Caminamos cerca del fin. ¿Estamos protegidos por la Divina Luz? Quisieras irte, pero te detienes frente a un haz de luz. Quienes caminan, ven la luminosidad. Los ciegos presienten la luz y suspiran. Hay otro espacio donde la Patria es y exige la luz gloriosa. Imaginas hallar la luz al comienzo. Ella está al final. Apóyate en la luz. Cubre tus ojos para verla: está en ti. Sombra es lo otro, cuanto está fuera de la...
¡Luz!

MIRO EL PAISAJE

Luz, muestra tu cuerpo. No lo exhibas para engañarme.
Cualquiera sea tu destino, no lo sabremos.

¿Cuál es tu voz?

¿Soy el hombre que trae el clavel?

¿Quién está perdido?

Estoy viendo pasar la vida y no sé interpretar lo que veo.
Escucho el cántico de los pájaros y no sé para quiénes
cantan. Si me arrodillo todo sigue igual.

Miro el paisaje. Nada está fuera de lugar.

Yo estoy fuera de sitio.

¿Qué sentido tiene marcharse? ¿Qué razón tiene regresar?

LA ESCENA

¿Cuál es la escena? ¿Qué es lo útil? Te pierdes un instante y eres el mismo. Eres cuanto crees retener. Te sumerges en la primera sensación. No regresarás, le digo al otro. Estamos ausentes. Imaginas que has llegado. Entonces ibas más lejos de ti. Cruzabas el puente y el puente te retenía en la orilla. A esta misma hora debes estar cruzando el otro puente. Es otoño y aún no es el fin. Antes de posar el pie sobre el puente, el viento te arrastrará hasta la próxima impresión. Si alguien me preguntara qué veo, no sabría decir cuál es la imagen. Trato de mirar el fondo del bosque, pero la imagen desaparece.

LA PERSUACIÓN

No vengas a persuadirme de lo incorrecto, le he dicho al monje que llora frente a mi puerta. En la habitación las

verdades van cayendo en silencio. La habitación va perdiendo su luz. No hay nada de qué arrepentirse, dice el monje. Te aferras al mismo error. El gallo que cantó en la madrugada, ¿es el mismo que cantó la noche anterior? Cada mañana la luz traspasa los cristales y el paisaje brilla a lo lejos. Cuando pasa el gorrión a ras de tierra no habrá otro vuelo igual al suyo. ¿Dónde estoy ahora?, le pregunto al monje, y él se aleja sin entender mi lógica. No lo sabrás. Amamos lo irreal.

MIENTRAS PASA LA VIDA

La vida pasa. Las voces, los gestos, los deseos, las miradas, el amor, la soledad, el desamor, la vanidad, la dicha, las palabras, los caminos baldíos, la juventud, las voces, la ansiedad vienen, desfilan, devienen y desaparecen. El cantío de un gallo avisa que el tiempo se fuga. El amor da de comer

a la soledad cuando la vendedora de flores se ha marchado. El amor debe preguntar por el amor cuando caes derrotada. Al amanecer las flores como en un río flotante en medio del camino recorrido. Ya no es sólo el deseo de volver y recorrer las costas. Mirar la isla flotante en medio de la nada, a la luz de la mañana blanca y rojiza más allá de las dunas. Nada pudo arrancar tu secreto mientras suspirabas. Detrás de la ventana las voces, tu presencia invisible encendiendo mi corazón. Nos inclinamos sin sentir el tiempo, más lejos del centro, aún con las flores, aún con el perfume. Es abril y la luna nace del resplandor de las nubes. Es primavera, y tu alma sigue errante bajo el leve misterio sin suspirar.

EL ANCIANO

El anciano llega hasta donde es posible caminar. Desde que partió el último visitante finge no estar solo. Alguien lo acomoda sobre la silla de ruedas. Sueña con el paisaje de la juventud. La muerte susurra: *te amo desde la primera vez*. Las palabras son suaves y se desvanecen. El viento susurra:

“átame cuando me reconozcas”. Oh patria, alguna vez estuve tan cerca de nunca perderte. Creo que no hay tiempo para el regreso. Sigo perdido en el mismo lugar. Cuanto se desvanece no es real. Enciendo una luz para encontrarte y el tiempo me arroja hacia otro espacio.

ES NAVIDAD

Las palabras se vacían de la vida, tu ser se vacía de tu cuerpo. Sabemos: fuimos amorosos. ¿Era invierno? ¿Era Navidad? La ironía de la vida haciéndonos invisibles. ¡Tan lejos la estación del Nacimiento! Todo lo imposible parece posible. Cuando vi los árboles blancos de nieve me sentí cansado de la lejanía, y mi cuerpo siguió cayendo. ¿Qué sientes cuando eres el centro y no puedes moverte? Lo que ves no es jamás tu cuerpo, nunca es la intención. Te asomas y nada cambia. Sobre la ramita de pino la nieve cubre las alas grises del gorrión. Es navidad.

EL ALMA EN SILENCIO

Lo ocurrido en mi cabeza me llega desde afuera, cuando la lluvia cae torrencialmente y sacude los árboles. Qué significa *torrencialmente* cuando no sabemos nombrar y el alma corre buscándote, esperando ver acontecer algo, que el yo regrese e inquiera: ¿dónde has ido? Estoy señalando el camino que perdí. ¿Qué dices para recobrar lo perdido? ¿Cuánto perdimos cuando nos convertimos en extraños? Mi cuerpo está sentado. Sigue esperando y nadie se detiene. Ahora mismo llegas y me abandonas como un globo frente al mar. Espero verte cruzar el puente del río Yangtsé. En algún lado está el final. Ahora tu corazón es espejo al reflejar otra

realidad. Me inclino sobre el último reflejo de la tarde para comprobar cuanto he dicho. Miro las montañas púrpuras y soñolientas. Quiero llegar hasta el Mausoleo de Sun Yai-Sen. Desde mi ventana observo y las nubes siguen su rumbo. Estoy perdido sin moverme. Cruzo ahora el puente de Nanjing. Dicen ser el favorito para lanzarse al vacío. Llega la noche y las palabras siguen solas, persisten en su soledad... Sin regresar.

LA DESPEDIDA

El viento pasa. Mueve las ramas. El viento sueña con las ramas. Él juega con tu pelo. Pides un poco de comprensión. Un algo de esperanza. El tren se aleja con tu cuerpo. Se va y el viento pasa sin rumbo. Regresas por el mismo lugar y te alejas. Otra vez te despides. Te vacías de ti. Te vacías de tus sueños. Las palabras no son suficientes. Las palabras se van con el viento. Te echas sobre el gran vacío. Miras las luces de la ciudad. La ciudad es un desierto brillante. La soledad y el viento juegan con los cuerpos. El viento acaricia tu rostro. Tu cuerpo se va en el viento. Si regresas ahora, qué habrás ganado cuando la vida no dé para más.

LA ESCENA

El viejo y el muchacho trabajan en el patio. Mientras leo a Whitman recogen las hojas que el viento arremolina. El viento despeina sus cabellos y lleva sus voces. Por un momento advertimos que cada uno es un extraño al hacer su oficio. Ignoramos que vivimos una misma época. Estamos en un mismo lugar. Ahora el viejo y el muchacho leen un poema de Walt Whitman. Para no avergonzarlos yo sigo su labor, recojo las hojas secas del patio mientras el viento desprende un remolino de hojas rojas detrás de mis pasos. El sol ilumina la lejanía. La vida se desvanece igual que las palabras, igual a la tarde, igual que los pasos, hojas de hierva de Walt Whitman.

POESÍA

Pequeño garfio penetra mis huesos, huella de antílope en mis sueños, ¿qué traes con la lluvia, ¿qué traes con el relámpago?
¿Ves algo a tu alrededor?

La juventud, la postrera lumbre, el hombre corre y corre sin regresar. ¿Cómo hacer cuando las palabras semejan grandes montañas desoladas?

La casa desvelada atraviesa la imagen de la montaña verdosa, de la montaña cerca del jardín borroso.

¿Ves al hombre bajar la escalera y perderse entre la multitud?

¿Qué dice el cántico sobre el puente de cristal? ¿Qué expresan las palabras cuando no puedes más?

COSAS DEL CORAZÓN

Ella y yo solos en la oscuridad queriendo esto y aquello, lo pasado por la vida y no tiene regreso. Lo que nos abandona sin despedirse y al retornar no encuentra un lugar. ¿A dónde queda cuanto amamos? ¿Quién es la que huye y se aleja sin escoger? Miramos la escena. Por esta ventana entra el paisaje. El viento trae un murmullo de voces, son voces de jóvenes traspasando el tiempo. Llegan de lejos. Nosotros estamos al otro lado. Recordamos. Una noche regresábamos de otro país. Alguien tocaba una guitarra mientras leía un poema de Antonio Machado. La noche era un laberinto de espejos. La soledad está en todas partes. No saber a dónde ir, no sabemos si todo es igual.

LA RAZÓN

Ahora es mi turno, le digo al cuerpo que vuela en el viento y me vierte sobre la hierba. “No es cosa ligera”, dijo una voz mientras contemplaba las nubes. *Es cierto*, pensé. El paisaje podría ser real. Se ve y se oculta como el amor cuando ha abandonado su territorio. “Es verdad”, dijo la voz. Las nubes quieren deslumbrarte. El lenguaje de las nubes no es más virtuoso que el amor.

El amor viaja en las nubes, y ellas quieren ocultar la montaña. “¿Cuál montaña?”, preguntó la voz. “La palabra no ha sido justa conmigo”, dije. *No conozco la palabra que haga des-aparecer la montaña y regrese con su cuerpo al mismo lugar*. Miro las nubes y todo desaparece. Intento alejarme, pero estoy en el paisaje sin poder regresar.

ESTAMOS TRATANDO DE SOÑAR

Estamos tratando de soñar, pero aun seguimos despiertos, le dije a la muchacha del Jardín Botánico. “No es nada extraño. Ahora recojo un girasol, pero no creo que sea de Van Gogh”, dijo ella. “Tal vez sí”, dije. Pero estoy dentro de mi aldea. Una vaca está mirándome, no sé si es la misma vista en mi niñez. “Debes estar soñando con Chagall”, dijo ella. “Puede ser, siempre quise vivir en una aldea”, dije. “Además las vacas de Marc tienen un lenguaje muy tierno”. “Es verdad. La vida debe ser para soñar cuanto soñamos. Estar despierto causa mucho dolor”, dijo. “Me gustaría acompañarte y pedirle a Van Gogh un girasol solo para ti”, dije. “No es posible intervenir en los sueños”, pronunció reflexiva. “Es cierto —contesté—, además Van Gogh debe estar ocupado entre sus girasoles”, adjudicó segura. “Si nos alejamos podrían sorprendernos”, sentenció. “Comprendo”, admití. No siempre conseguimos lo que amamos.

ME VOY, PERO ME QUEDO

Me voy de estas montañas. ¿Regreso o estoy yéndome? Siempre me marcho y vuelvo como un duende. Soy el cántico interminable que viaja entre las piedras y las costas. Voy en tu equipaje y ando en tus travesías para hacerte ver que nunca te abandono cuando llegas sin saber si has partido, cuando partes sin saber que has llegado, y la vida te lleva por ciudades entre voces cantando en el tiempo.

Me voy, digo al destino; él me aguarda para que el mar y el sol no me detengan cuando miro los árboles a lo lejos. Los oigo cuando gimen en tu ausencia para hacerme buscar cuanto he perdido.

Me voy, digo a las piedras y al camino, compañeros de viajes y de pérdidas. Me voy porque la nieve de otros pueblos me llama siempre para que no la olvide, cuando el amor traspasa como un rayo mi cuerpo. Siempre estoy regresando, estoy partiendo para hacerme creer que no estuve perdido y todo va alejándose, igual a un eco.

EL BALANDRO

Si me regalas un balandro ¿adónde iré? La luna está llena. Las calles están desiertas. Todo el mundo se ha ido de fiestas. Las casas están decoradas con cintas de colores. La gente ríe y baila y hay vino y champán para todos. Un loro azul canta “adiós vida mía”: para la gente como tú y yo que nunca supimos divertirnos. La noche está como para echarse a navegar, pero ¿quién nos regala una nave? Un humilde y pobre balandro que nos lleve lejos de este lugar.

LOS ENAMORADOS

No te avergüences del leve sople sobre el pasto seco. Sobre el azul más profundo la luz brilla y se disipa. No estás en el jardín, no estás donde pudiste estar. La luz es igual. Inclínate y escucha el viento. En la rama más tierna una hilera de

hormigas sube apresuradamente. Es abril y una pareja viaja silenciosa. El joven finge escuchar. Mira hacia los árboles sin ignorar la voz, sin ignorar el resplandor. La vida es lo que alcanzamos cuando corremos sin rumbo. Los jóvenes han dejado de hablar. Parece haber todo terminado. Caminan iluminados por el deseo, atraídos por el silencio. No sé cómo me detengo a contemplar. Soy el que fui hace treinta años. Te ofrezco mi mano temblorosa. No te avergüences si la luz toca tu rostro, seguiremos hasta el final.

GANANCIAS Y PÉRDIDAS

¿Qué hemos ganado y perdido?

Ahí están las cosas que anhelamos: pero la vida va más aprisa, siempre más aprisa.

Trato de pensar en el primer día cuando éramos ágiles y hermosos. La vida brillaba hasta dejarnos extenuados. Subías

y tu cuerpo me levantaba. Querías protegerme de las cenizas del tiempo. Ansiabas que el tiempo retuviera el vacío donde caía mi polvo.

Eres la estrella que se abre en mi boca. Entrás y me pienso existir. Para tanto amor existo un día y otra vez dista mi existencia. Voy a buscarte y me encierra tu bosque.

Todas las mañanas trina un ruiseñor como un lucero encantado. Debajo de sus alas te desvaneces. No conocíamos tanta dicha, pero ardimos hasta el amanecer.

Ha pasado el tiempo. Si regresas, despiértame para olvidar el comienzo, para recuperar el final.

LA SED

Dame el agua y dame la sed.

Horizonte que te hundes en mi pecho, ¿ves un pájaro sin luz?

Su trino es suficiente para un poeta sediento de ti.

El silencio también es suficiente.

Cúbreme con tu piel, le digo a la muchacha que escuchó el cántico.

Dejo caer mis palabras, y entra el viento con el trino.

Otórgame el instante para apagar la sed. ¿Dónde ha ido la que tiene el cántaro rosado? Eres el recipiente y te alejas...

Si resplandeces puedo ver el ave a ras de tierra, percibo las alas del pájaro sin luz. Regrésame donde la sed te habita, digo otra vez a quien podría regresar, a la que goza jubilosa. ¿Ves la espina rosada? ¿Sientes la fiebre del sediento?

EL ECO

El eco que soy va detrás de mi sombra, sombra que eres un eco, hábitame y olvídame. ¿Oyes el brillo? Más lejos de ti hay alguien, y ha perdido el ritmo. ¿Ves el ritmo? Percibes la infinita luz sobre el jardín donde la vida no tiene un eco ni tiene un final.

Eco: eres piedra, eco: eres lumbre. Sé mi juventud sonando en el jardín dorado. Mujer que llegas, sé tú mi eco unido a la felicidad, pues tiembles tan precoz, tan ágil como el viento.

Cuando cae la noche viajo en ti. Digo adiós cuando pasas sin conocerme. Soy Eco cuando me escuchas. El mismo Eco si me abandonas. Oh, la montaña, la palabra amor rodando como un fruto prohibido.

Una montaña es igual y eres igual, y la casa vacía tiene frío, amor mío. Soy un enamorado y no sé de quién. Debo estar ahora enojado, debo estar triste, debo estar feliz. ¿Cuál es el camino?, le pregunto a tu cuerpo. No puedo hacer nada, existo en la resonancia que retiene tu boca. ¿Cómo vas a amarme si no escuchas mi eco? En esta habitación eres mi repetida voz. Tu espalda es un eco si te alejas. Si alguna vez regresas... ¿Oirás mi eco?

ÁRBOLES

Árboles jubilosos, ríanse de mi vida. Absortos tan lejanos, burlense de mi ausencia. Es natural que no me reconozcan. En la aridez de la noche escucho sus ramas. Sus hojas brillan y me llaman. No hay posibilidad de llevarlos conmigo. La ausencia es engañosa pero los amo. Árboles que habitan mi silencio cuando desgarran sus ramas desnudas en la noche. Yo los veo regresar bajo la lluvia. Sus profundas raíces me atan a la tierra. Los he oído hablar cuando cae la lluvia. Van y vienen por las calles vacías. Sin ustedes mi infancia viaja en el viento. Mi corazón tiembla cuando se alejan. Estoy tratando de olvidarlos y no puedo.

HAY MÁS OPCIONES

Lo que ocurre adentro no lo sabrás. Ha comenzado la fiesta. Los comensales van de un lado a otro. Sonríen. La comida está servida. No hay por qué precipitarse. Los comensales se han sentado ordenadamente.

La muchacha aristócrata queda encantada con el vino francés. Ha pedido escuchar *Claro de Luna*, de Beethoven. Nada de guarachas ni boleros. La noche no está para esa música. Los invitados sonrían y suspiran. Es como estar en la cubierta de un gran barco a la deriva.

Los cuerpos flotan en el vacío. La vanidad entra y se derrama por las habitaciones igual que la luz sobre los cubiertos.

Nada mejor como el buen vino para las coartadas del amor. No hay que pensar en las puerilidades de la vida. En este país siempre hay más opciones. ¿Para qué amargarse con el desasosiego de los otros?

LA OVEJA PERDIDA

¿Qué estás viendo allá fuera? pregunta mi yo sin someterse a la realidad. Solo un árbol, las hojas sobre la piedra liza, los colores más frágiles. He estado arrodillado pidiendo que el color más luminoso brille hasta mis ojos ver la luz. No es lo que he pensado. Me levanto y caigo más cerca del hombre que llevaba la oveja perdida. No puede verme, no oye mi voz. ¿Por qué persigo al hombre de la oveja perdida? Soy tan frágil sin ver el final ¿Dónde está la oveja perdida? No podría escucharla dentro de mí. No es la misma voz. No ser el mismo, no mirar, no acariciar la oveja perdida. La realidad gira conmigo y sigo cayendo. La oveja también sigue sin regresar, sigue allá fuera esperando.

DAVID CORTÉS CABÁN

¿CUÁL ES EL ORDEN?
¡TODO ESTO ES TAN
GRACIOSO!

—15 MINICUENTOS—

EDICIONES BOÁN COLECCIÓN VOCES DEL
ABACOA
ARECIBO, PUERTO RICO – 2021

COSAS DE PERROS Y GATOS

A Haydée de Jesús Colón, Rescatista

No he querido molestarlos, cada cual es feliz a su manera.

Esta frase la escuché de pequeño cuando contemplaba al perro del vecino llorar porque sus amos se habían ido de fiestas sin él. *Los perros tienen buenos modales y finos instintos*, también oí decir. Esta vez no fue de mis padres sino del vendedor de piraguas, siempre llegaba acompañado de un perro. *Es mi mejor amigo*: decía.

Hay algo encantador en los perros, pensé cuando iba camino a la escuela y un perro callejero se unió a mi marcha aportando una simpatía infinita y un aire de niño privilegiado a mi vida. No quise defraudarlo y lo dejé acompañarme, sin ladrar ni olfatear a los compañeros de escuela que encontráramos en el camino. El perro me miró con desconfianza, luego accedió y se mantuvo silencioso.

“¡Es un perro flaco y andrajoso!”, me gritaron unos niños al pasar. Yo sabía que era por envidia y no les hice caso.

Los perros no sienten envidia, ni tampoco reparan si la gente es tonta o andrajosa. Miré al perro —ahora era mi perro— y pareció comprender mi angustia, aún así se mantuvo con buen comportamiento.

—Mis amigos me decepcionan, no hagas caso a todo lo que oigas —le dije para hacerle comprender que su compañía no me perjudicaba.

Con su lenguaje de gestos caninos me dijo que solamente comprendía el idioma de la amistad. Yo vi en sus ojos ser él sincero, más sincero que todos los niños de la escuela y los conocidos en mi vecindario. Pero vi en sus ojos una profunda tristeza cuando llegamos a la escuela y le dije que me esperara afuera, por temor a que le fueran a hacer daño y porque mi escuela no era una para perros. Otra vez me miró con ganas de llorar, mas comprendió y se sentó confiadamente señalándome la puerta de entrada.

En el salón de clases no pude dejar de pensar en mi nuevo amigo, mi perro blanco y negro con un lunar en la frente. La maestra debió darse cuenta de andar mi cabeza volando cuando no pude resolver el problema de aritmética y me dijo: “niño, tú tienes la cabeza llena de gatos y perros”.

Cuando salí del salón corrí a buscar a mi nuevo amigo. Le pregunté al conserje dónde estaba mi perro, qué había hecho con él. “Solamente te vi llegar con un gato”, dijo el empleado de la limpieza. Y se fue dándome la espalda y con una sonrisa traviesa.

VIAJANDO CON UN GALLO

“No voy a un país de pobreza”, le dije a la guardiana de seguridad que me enfrentó en el pasillo para que le mostrara mi equipaje. “Solo llevo un par de calzoncillos y tres pares de medias”, le dije, “y tres pañuelos para cuando sienta nostalgia de la isla y me entren ganas de llorar”. “Dos calzoncillos y tres pares de medias no es señal de pobreza”, le dije también cuando noté que me miró desconcertada. “Todos tenemos una pequeña virtud”, volví a decirle para que se calmara. Lo que le impacientó no fue mi pobreza, sino el ronquido del gallo de pelea que llevaba oculto en la maleta.

“Todos tenemos un gallo de pelea dentro”, me dijo mi primo cuando perdió a su mejor amigo por una pelea de gallos. Le expliqué a la guardiana que los gallos de pelea son buenos defensores del honor y poseer un gallo de pelea era como tener al mandatario de una primera potencia hospedado en la casa. Pareció no quedar convencida cuando llamó al inspector de aves exóticas para cerciorarse de que ningún poeta pudiera viajar con gallos de pelea a menos que viniese acompañado de una ordenanza municipal.

Sentí que dudaba de mi palabra y le enseñé los documentos de mi gallo menos su acta matrimonial, porque a los gallos de pelea no les está permitido casarse, aun cuando pueden vivir en concubinato y en un harem toda su vida. Tampoco estas razones pudieron convencerla hasta decirle que los gallos de pelea eran buenos amantes y podían derramar hasta la última gota de sangre si se enamoraban locamente. Esta

vez la guardiana quedó convencida, pues le dio un beso a mi gallo y desapareció cantando por el pasillo.

**EL EXILIADO
REGRESA DE NUEVA YORK**

Salieron a recibirme con desconfianza. Me confundieron con el otro, el exiliado que les había robado la identidad. “Yo tengo una boina gris, les dije, además no estoy afiliado a ningún partido”. Le hice también una señal a mi madre que venía a recogerme. “La vida de un exiliado debe de ser amarga y desolada”, dijo mi madre. “No tanto”, le dije cuando me abrazó, luego de persignarse. Para calmarla le expliqué que mi primer exilio había comenzado en mi casa, y después se fue extendiendo cuando los vecinos me dijeron: “niño, tú pareces un exiliado”. La maestra también lo dijo cuando le preguntó a mi mejor amigo: “¿has visto al exiliado?” “No conozco a ningún exiliado”, le contestó mi amigo; “además Paco vive cerca de una finca donde solo viven vacas y fantasmas”. Mi amigo comprendía mejor que yo la palabra exiliado y la repudiaba, a mí me parecía mágica, al pronunciarla me sentía como un héroe. “Estar exiliado es como montar un caballo de siete colores y echarse a volar por el mundo”, le dije a mi madre. Le recordé que un día escribí la palabra e x i l i a d o en el uniforme de la escuela. Me dio la impresión de que no me escuchaba cuando me dijo: “hijo mío no te echas la vida tan a pecho”. Entonces, me levanté y miré por la persiana. La ciudad estaba desierta, abrí la puerta y me eché a caminar... ¿Cómo un turista? No, como un exiliado.

COSAS DEL AMOR

“Yo era un oso hormiguero”, le dije a la muchacha que me miraba fijamente en el asiento del tren que nos conducía a Manhattan. “Debe ser interesante ser un animal salvaje”, dijo. “No, no lo es. Hay enemigos por todas partes y cuando

te descuidas caes en las garras de uno más fuerte”, contesté. “Después de un tiempo decidí ser lo que soy, un poeta que viaja entre las nubes”, abundé, revelándole mi identidad. La muchacha se sonrió de mi ocurrencia y lo inusitado del paisaje que le presentaba. Justamente a la hora de ir a trabajar hablábamos de bestias salvajes. “No es que tenga animad-versión por los animales. Algunos son tan hermosos como un tigre”, dijo. “¿Piensas en el tigre de Borges o en el de Blake?”, pregunté. “Solo pienso en cualquier tigre, creo que no tienen dueños”, agregó. “Es cierto”, dije, “la literatura nos hace creer en fantasías”. “Debe ser lindo hacer el amor como un tigre”, dije. “Debe ser una locura, aunque sería fantástico levantarse una mañana como una tigresa”, concedió. “Te verías hermosa rugiendo desde una colina”, sentencié a modo de piropo. “Tú serías el tigre que perdí cuando emigré a esta ciudad”, dijo. “Es posible”, afirmé. “Los tigres no tienen inhibiciones y se aman en todas partes. La soledad está hecha para los tigres”, añadí. “Debe ser mágico sentirse una tigresa”, asintió. “Ya siento tener un corazón de tigre”, le dije. Y nos perdimos entre la multitud.

ESTO ES LO QUE SUCEDE

Estás acostado sin poder levantarte. Tus huesos no dan para más, tu corazón no da para más, tus venas no dan para más. Ves los jóvenes en un carnaval de disfraces. Miras pasar las muchachas llevando cintas de colores. El tiempo huye de ti, el brillo te rehúye. La lluvia sobre el cristal de la ventana te

recuerda que todo sigue en el mismo lugar. ¿Ha dejado de llover? Abres el álbum y la mujer que amas no está en el carnaval, no está en el baile de disfraces, no está en la habitación. Estás recostado esperando que empiece la música. Preguntas por la mujer vestida de rojo. “Levántate y búscala”, dice un comensal. “No es mucho pedir”, dice otro. Lo que han dicho no tiene sentido. No resisto quedarme, no resisto irme, no resisto regresar. Pregunto, ¿qué ha sucedido con la mujer vestida de rojo? Sigo recostado en la cama. Ahora cruzo el puente de Brooklyn, cruzo el puente colgante de Zhangjiajie, cruzo el Mar Rojo. No puedo divisar los cuerpos.

HISTORIA UNIVERSAL

Esto es más o menos lo que dijo el profesor: “comenzaremos con la historia de Europa, y si sobra tiempo daremos un paseo por Las Antillas”. “No lo dijo exactamente así, creo que estaba bromeando”, dijo William. Hablaba de modo figurado. El Nuevo Mundo está aún por descubrirse, tal vez él piensa que somos invisibles.

Tenemos muchos defectos, pero hay recursos. “Hay también mucha competencia; además hemos construido nuevas ciuda-

des sobre los viejos cementerios”, le dije. Los que murieron regresarán un día a buscar lo que es suyo.

“Entonces, ¿dejaremos de caminar sobre un cementerio?”, preguntó William. No estoy tan seguro, el profesor tampoco está tan seguro, dice que nuestra historia es muy pobre.

Toda la clase giró sobre los espartanos y los atenienses. Definitivamente eran grandes guerreros. También los taínos fueron grandes guerreros. “¿Crees que los indios regresen a reclamar lo suyo?”, preguntó William. “Es posible, el mundo está lleno de sorpresas”, contesté. El profesor no se ha enterado de que lo han engañado. “Es cosa de la historia, la magia del pasado”, dijo William. Anoche estuve soñando que los espartanos me perseguían por estas calles. “Debe ser una premonición”, dije. He tenido el mismo sueño, pero no puedo comprenderlo. Debemos despertar para ver qué ocurre.

¿ADÓNDE IR?

Esta noche no sé adónde ir. Tampoco tú lo sabes. No soy un lobo, un conejo, ni un gato. Soy un poeta que no sabe adónde dirigirse. Debe haber algún puerto donde esperen a alguien como yo. Una mujer que no sabe quién soy debe estar esperándome. Pero hay un océano de por medio. El capitán del barco exigirá que le cuente mi vida a cambio de cruzar el mar. Cualquiera océano será bueno, me dirá, para un poeta que viajará sin rumbo. Cualquiera puerto será hermoso para una mujer que no sabe quién la espera. Le diré al capitán: una vez fui un lobo como el de Herman Hesse. Lo sé, no me creerá por mi cara de conejo, pero le mostraré no ser un

conejo, no podré dar saltos en la cubierta. Me mirará asombrado y me dirá: un poeta no tiene por qué mentir imaginando sandeces. Entonces le diré, pues mi orgullo no me permite mentir: “Sr. capitán, no soy un conejo, soy un gato, soy el gato de Cheshire”.¹ “Es posible que lo seas”, me dirá, “pues maúlla como un gato”, ordena. “Sólo así podré creerte, aun cuando tienes suficiente edad para mentir”. Exacto, capitán, además un poeta no debe ir por ahí fingiendo ser cualquier gato.

TODO ESTO ES TAN GRACIOSO

“No te das cuenta”, dijo. “Hemos llegado al país y no conocemos su nombre.”

“No hay nada de extraño, posiblemente sea un país sin nombre”, dije.

La mujer aún me seguía cuando bajamos del avión. “Pareces una agente secreta”, le reproché. “Te equivocas, no quiero despistarte. Son los políticos los que te despistan”, arguyó. “No siempre”, le advertí a la que se convertía en la amiga desconocida. Lo dije para hacerte saber que no me asustaban los vampiros que volaban por los palacios de gobierno.

Al salir del aeropuerto unos oficiales nos registraron. “Solo traigo libros de poesía”, les dije. “¿Para qué sirve la poesía?”, preguntó uno de los guardias. Le dije que *La poesía es un arma cargada de futuro*, y se rió de mi ingenuidad. En la maleta de la amiga de gafas oscuras

¹ En *Alicia en el País de las Maravillas*, Lewis Carroll describe un “gato de Cheshire” que se vuelve invisible y sólo se le puede ver la risa.

encontraron fotos y cartas garabateadas con frases amorosas. “Es lo de siempre”, le dije. “¿A qué te refieres”, me preguntó? No quise explicarle. Solo le advertí: mira a tu alrededor. “No veo nada”, respondió.

Es verdad, murmuré, nunca vemos nada.

¿ESTAMOS DE ACUERDO?

Nos han invadido, dijo el maestro de esgrima. Siempre hemos estado invadidos. Nunca han dejado de invadirnos. “Es cierto”, acentuó el maestro de esgrima. Además, son responsables de esta catástrofe. Siempre ha sido así, es como un dejavú. A lo mejor no todos somos culpables, nos manejan desde algún lugar. No sé a ciencia cierta lo que intentan hacer con este país. “Llevas mucho tiempo con los ojos cerrados”, afirmó el maestro de esgrima sorprendido de mi ignorancia. “¿Estamos condenados a pensar del mismo modo?”, pregunté. Si fueras político repetirías la misma necesidad. “Es lo peor que nos podría pasar”, dije. “Hace 500 años cambiaron nuestra historia”. “Ahora somos un Nuevo Mundo”, susurró a mi oído el maestro de esgrima. “Creo entender lo que quieres decir”, nadie sabe lo que estamos pensando. Cada cual recoja lo que siembra. ¿Qué hemos sembrado? No sé, pienso en lo que el tiempo se llevó. “Entonces el tiempo se llevó todo cuanto amaste”, concluyó

el maestro de esgrima. Ahora mismo veo mi casa volando. “Es lo que quise decir”, repitió el maestro, “es como vivir entre flores de plástico”.

FRENTE A UNA CARNICERÍA

No voy a decir haberte amado. Lo creo: te he amado. No voy a decirte te he perdido. Lo sé: te he perdido.

¿Qué importancia tiene decir lo amado o lo perdido? Soy el último en salir a caminar por estas calles. “Cree usted que en este país no hay nada que hacer?”, me ha dicho la mujer del carnicero al detenerme a contemplar el modo de cortar la carne. Pienso en los animales despedazados. Millones de criaturas para alimentar a la raza humana. Me parece un crimen.

“Sin duda podría hacerse algo”, dije. La mujer del carnicero me miró asombrada. “Me gustaría escapar de este lugar”, pensé. Pero permanecí detenido como si estuviera en el limbo. Estar soñando. Es mi forma de no pertenecer al gremio de los carniceros aun sin saber cuál es la respuesta para una vida sin carniceros. Tampoco sé si tiene sentido quedarse en este lugar. “Quizás nada es como pensamos”, le dije a Jackie; ella me miraba emocionada. Jackie es la amiga invisible. Ella no sabe ser la misma que dibujé en los cuentos de mi niñez. Quizás lo pensado no tenga nada que ver con la felicidad. La felicidad resbala por los ojos de Jackie. Ella no

se parece a la esposa del carnicero. Me pregunta qué hemos perdido, pero mis palabras se las lleva el viento.

EL RÍO HUDSON

He llegado hasta aquí y ahora contemplo el río Hudson. “No es un río”, me había dicho el profesor de geología, “es una inundación”. El otoño no imagina ser otoño. Los árboles brillan en el agua y el sol vuelve y baja detrás de las nubes. Los árboles permanecen en silencio como si nada existiera. Los árboles no saben que son árboles, el sol tampoco lo sabe. Las palabras no pueden registrar lo que siento. La emoción me invade y las palabras suben como cabras montesas sobre las nubes. Sentado en este banco sin decir nada, contemplo la vida. Hay mucha gente extraviada como yo con la mirada fija en la ardilla que saltó entre la hierba. Nada puede describir esta felicidad. Después que me aleje, los árboles seguirán reflejados en las aguas del Hudson. Me distancio sin dejar huellas y no sé cómo agradecerle al paisaje tanta felicidad. “Todo es igual y todo es diferente”, le grito a la mujer que corre sin mirar el paisaje. El camino se aleja tras sus pasos. “Ya nada será igual”, le digo al anciano que me cree perdido. El sol sigue flotando como un globo en el horizonte.

DESDE UN HOSPITAL DE MANHATTAN

Esta es la isla que apenas brilla en la música de las esferas. He llegado un día de fiestas buscando su huella en el tiempo; no las tuyas, de otros, quienes te vieron partir. Los continentes no escuchan su silencio, no suspiran más allá de las dunas donde vagas errante por las costas. Nadie es capaz de encontrarte en la flecha disparada al vacío. Es diciembre, es invierno, es Navidad. Hemos de encontrar la isla invisible, le digo a mi sombra, ella va más ligera. Le digo a mis ojos que no ven nada. Le hablo a mi corazón y éste se hecha a llorar. Le digo a la mujer que nunca he visto. Lo digo con modestia mientras envejezco. Hablo por ti, a quien no conozco, por si encuentras mis palabras en el viento. Nos ciega la luz de otra fogata, le digo a mi boca, le exhorto a mis pies al detenerse en la encrucijada cuando mi cuerpo se echa a volar. No reclamo lo que no puedo dar, le digo a la mujer cuando ella ríe desde una ventana. “Lo que amas llega en las trampas del olvido”, me dice. No sé dónde hallar la isla que brilla. Echo mis redes sobre arenas movedizas. Imagino haber llegado. La luna brilla en medio de la habitación. La espesura del silencio cierra mi boca. Cubren mi rostro con la sábana blanca, voy sin volver la mirada por otros rumbos.

DESPEDIDA

Sentado, veo lo que fui cuando rocé el lápiz sobre la página para escribir el primer verso. No ansiar la casa sobre la arena es mi deseo. Miro las piedras del camino perdido. Las casas se han marchado con los amigos. Libres de la nostalgia, libres del desamor. Heridas por la angustia de mí mismo y la tristeza del atardecer. Debí haber escuchado a la conciencia cuando brindamos por la avechilla detenida un instante en el jardín. Nada es igual, amiga mía. Ahora has cortado las flores y posado tus labios sobre el cántaro vacío. ¿Es igual cuando el pueblo se ha llenado de orgullo y la desolación canta en las plazas? “Cuestión de ganancias y de pérdidas” le digo mi alma. Arrodillada frente a la ventana, mi alma ve pasar el vacío de la noche. La noche flota con mi cuerpo hasta tocar la levedad del amanecer. Dentro de mí, mi perseguidor ríe a carcajadas. “Hemos llegado a esta edad para no fingir”, susurra mi yo desapasionado. Esta es la presencia de la Isla, ella finge amarte”, murmura mi otro yo. Escribiré el primer verso hasta sumergirme en las profundidades del bosque: *Algún día viviremos sin obsesiones*, digo a quien quiera tocar la leve seda del olvido. Lo digo mientras tiro mis cartas sobre la mesa.

NO HAY NADIE EN BATTERY PARK

“Miren a los niños saludándonos desde Battery Park”, dijo la maestra de tercer grado. Me puse de pie para ver a los niños; ellos levantaban sus manos en señal de bienvenida, pero no había nadie.

Era verano y el sol relucía sobre las aguas del Hudson. “Es el Hudson, ¿verdad maestra?” “Sí niño, no nos defraudes ahora, levanta tu mano y saluda, di algo, grítalos:

¡Somos puertorriqueños!”

No sé a qué se debía tanto entusiasmo, era solo un cuento, pero la maestra se empeñaba en ser la historia real. El barco se dirigía a Nueva York. Pronto llegaríamos al muelle y todos los niños saldrían a recibirnos. Yo solo veía dibujos y un barco vacío en un muelle irreconocible.

“No veo a los niños americanos y nadie está esperándonos en Battery Park”, le dije a la maestra mientras pasaba la página del libro. “Estás completamente perdido, qué te importa viajar, qué sabe tu familia de Nueva York”, sentenció la maestra. “Nunca hemos viajado”, le dije. “¿No ves la Estatua de la Libertad?, ¿No ves a poca distancia Ellis Island?”

Mis ojos no podían ver nada absortos en la luz que traspasaba el cristal de la ventana.

CUÁL ES EL ORDEN

No dije nada. Sabía que vendrían a buscarme. Habían decidido llevarme a un asilo porque mi ancianidad les perjudicaba. “La ancianidad es perniciosa para la salud de una familia hermosa y joven”, me dijeron. Hay un orden para todas las cosas. Debí haber pensado que había un tiempo para todas las cosas, pero nunca comprendí la palabra orden. Es posible que mi vejez sea el desorden. Soy un verdadero desorden. “Es tu rostro, abuelo”, me dijo el nieto más lindo. “Si tropiezas con la mesa desordenarás todo”, me dijo la nieta más candorosa. “Dejen al abuelo, su vejez tiene la culpa”, dijo la nuera. Es cierto, “nunca sabemos lo que está pensando”, dijo el querubín menor. Un asilo es como un cuento de hadas. “Tu abuelo siempre tiene la mente ocupada en otras cosas”, dijo un vecino. *Los asilos son el mejor antídoto contra la soledad*, escribió en el libro de visitas el hijo mayor.

David Cortés Cabán nació en Arecibo, Puerto Rico, en 1952. Fue maestro en las Escuelas Primarias de Nueva York y profesor adjunto del Departamento de Lenguas Modernas de Hostos Community College of the City University of New York. Ha publicado los siguientes libros de poesía: *Poemas y otros silencios* (San Juan, Instituto de Cultura Puertorri-

queña, 1981), *Al final de las palabras* (New Jersey, SLUSA Editores, 1985), *Una hora antes* (Madrid, Editorial Playor, 1991), *El libro de los regresos* (Madrid, Editorial Verbum, 1999), *Ritual de pájaros: antología personal 1981-2002* (Mérida, Venezuela, Colección de Poesía Ramón Palomares, Ediciones El otro el mismo, 2004), *Islas* (Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana, C. A., 2011), *Lugar sin fin* (Ciudad de México, La Otra, Colección Temblor de Cielo, 2017) y, en ensayo: *Visión poética en tres libros de Alfredo Pérez Alencart* (Madrid, Editorial Betania y Hebel Ediciones, Santiago de Chile, 2017). Algunos de sus poemas han sido traducidos al italiano por el poeta Alessio Brandolini y el poeta argentino Gabriel Impaglioni, y al portugués por el escritor brasileño Antonio Miranda; otros han sido traducidos al inglés por los poetas Elizabeth Macklin, Pedro López Adorno, y el crítico y traductor Orlando José Hernández.

David Cortés Cabán ha sido invitado a ferias internacionales de libros y festivales de poesía en Venezuela, Suiza, Colombia, Nicaragua, Puerto Rico, República Dominicana, México, España y Portugal. Sus poemas y reseñas literarias han aparecido en Puerto Rico y Estados Unidos, Latinoamérica y España. En 2014 la Universidad de Carabobo en Venezuela, le otorgó la Orden Alejo Zuloaga Egusquiza en el Festival de Poesía de Valencia. Y en 2019 durante el XXII Encuentro de Poetas Iberoamericanos que celebra todos los años la Universidad de Salamanca, coordinado por el poeta A. P. Alencart, recibió el título de “Huésped Distinguido” de manos del alcalde Carlos García Carbayo.

LABERINTO DE ESPEJOS
POÉTICAS DE DAVID CORTÉS CABÁN

Por Ernesto Álvarez, Ph. D.

LABERINTO DE ESPEJOS EN *PRESENCIA DE LO EFÍMERO*

Ocasionalmente, David Cortés Cabán me enviaba por correo electrónico uno, dos o tres poemas de su reciente producción, algunos recién impresos en revistas extranjeras. Los leía. A veces solía hacerle algún comentario si conversábamos por teléfono o, como también podría suceder, la reacción que-daba, para decirlo con palabras de José Asunción Silva: *En larga espera...* Lo dicho no significa que fuese indiferente a la creación poética de mi querido amigo y hermano en las letras. En 2014 yo había publicado *Las*

palabras habitadas: Poesía de David Cortés Cabán, libro que para acercarme a su poesía escindía sus temas y los organizaba en episodios homo-géneos. Para tener idea de la variedad habida en los libros de poesía hasta dicha fecha editados, es válido aun observar su desglose. Descubrí y dejé evidenciado entonces:

ANTE UNA INCIDENTAL TETRALOGÍA alberga tres temas: A simple vista: la forma; Lenguaje y forma, Neo romanticismo.

EL POEMA COMO SUJETO lleva en sí El poema como sujeto, y La poética implícita en su poesía.

LA ELOCUENCIA DEL SILENCIO concierta una serie de temas: La elocuencia del silencio, El silencio polifacético, El espacio interno y sus voces, Otros silencios, De pie contra el silencio, Novela en versos o Poema en cuatro cantos.

POEMA EN LA SEGUNDA PERSONA exhibe El yo objetivo, El tú del Yo en segunda persona, La presencia del No-Yo. Mediante éstos el poeta se objetiva y evade un posible yo intruso que cargue con los hechos expuestos en el poema.

Finalmente incide en el tema ontológico:

DEL SER Y LA POESÍA: el autor penetra en los ambientes del ser existencial de manera sencilla y a su vez certera. En este lugar figuran como subcapítulos: Matrimonio del Poeta y la Poesía; Temas alternos; La ciudad, el espacio; La existencia poética, y La exploración del tiempo.

Cual puede verse, la temática implícita en la poesía de David Cortés Cabán conlleva una amplitud de espacios físicos y metafísicos dignos de ser meditados si se intenta

entender las dimensiones creativas, estéticas, vitales y espirituales del poeta arecibeño.

A partir de los libros estudiados en *Las palabras habi-tadas* David siguió enviándome sus recientes publicaciones y poemas editados en revistas de países como España, México, Venezuela y me hablaba de las versiones que de sus versos se hacían al francés, al inglés y al portugués, además las reseñas sobre sus libros presentados en los países europeos e hispano-americanos visitados, donde tenía contactos con otros poetas.

Entre algunos de los poemas recibidos, iba notando una tendencia a estar sus versos o versículos cercanos a la prosa debido a una dialéctica conversacional implícita en sus escritos, de la misma manera que antes notara tener dos de sus libros, por sus tramas, la tendencia a ser novelas en versos.

Es obvio que mucha de la poesía actual ha surgido de fragmentos en prosa que no alcanzaron a realizarse como relatos o memorias. Permanecen esos trozos en estado de impresiones de instantes constituyendo breves poemas en prosa a punto de concretarse mediante una leve revisión de estilo y un cambio de enfoque. En tal caso un autor, quien sea, recurre a segregar segmentos de verosímil pensamiento —o de retórica lírica— a manera de versos o versículos, y de ese modo transforma el párrafo en poema. Casos abundan.

Al comentar a uno de sus libros hice constar tratarse de una *novela en versos* o un *poema en cuatro cantos*. En esa ocasión observaba la constancia de David en hacer brotar su mensaje de una prosa poética, o versos prosaístas, los cuales mueven a recordar la forma versicular afín a las Sagradas Escrituras, en particular en un Salomón capaz de escribir un

poema de amor, *El Cantar de los Cantares*, cuyos intérpretes modernos lo definen como poema místico. Hallamos esa dualidad en la poesía de David Cortés Cabán.

Presentir el poema en prosa

Hablaba de una tendencia a la poesía en prosa —aun siendo ésta recortada en versículos— manifiesta en dos de sus libros. En el subcapítulo titulado “Novela en versos o Poema en cuatro cantos”, había percibido, y refraseamos:

Si observamos panorámicamente los libros *Poema y otros silencios* y *Al final de las palabras*, notaremos vincularlos un estilo uniforme y aun cuando el segundo disponga de tres partes que podrían considerarse libros autónomos, el tema los une en lazos homogéneos. El hilo conductor, a manera de vértebra, expresado en silencios y palabras, como médula de los dos libros — que bien podrían ser cuatro— se manifiesta en la búsqueda.²

Lo expresado en dicha ocasión sigue teniendo validez para lo que a continuación habremos de plantear al examinar el nuevo libro de David Cortés Cabán: *Presencia de lo efímero*, escrito en prosa poética.

EL POEMA EN PROSA —ANTECEDENTES—

Tradición y prestigio

2 Ernesto Álvarez: *Las palabras habitadas. Poesía de David Cortés Cabán* Ediciones Boán, Colección Voces del Abaco, Arecibo 2014, p. 49.

Nos hallamos ante un nuevo libro de David Cortés Cabán: *Presencia de lo efímero*, escrito en prosa poética, o el poema en prosa, y ello implica una nueva y definitiva toma de conciencia literaria. Al ir recibiendo los ocasionales poemas que David me remitía, percibía la tendencia característica de su más reciente estilo. Sin importar hallarse las composiciones recortadas en versículos, en el origen sospeché una tendencia a implicar una escritura versicular que tuvo su paradigma en el poeta estadounidense Walt Whitman de *Hojas de Hierba* y en la prosa lírica de una serie de autores a ser considerados en sus detalles en las líneas siguientes.

Vista esa tendencia a una prosa lírica, le incité e hice observar al poeta: *¿Por qué no mantener esas composiciones en su estado primario y componer un libro de poemas en prosa?* No era absurdo. Le recordé a David que la poesía de Rabindranath Tagore se lee en prosa poética; Jalil Gibrán realizó una escritura lírica en prosa. El francés Baudelaire había iniciado una tendencia distanciada del verso al escribir sus *Pequeños poemas en prosa*, y el *Platero y yo*, así como *Por el cristal amarillo* de Juan Ramón Jiménez participan de una prosa lírica, y otros que convenientemente habremos de observar.

Sencillo, así es el poeta, con su humildad característica afín a un ser en continuo ascenso y atento a las sutilezas del pensar poético, David se avino a la sugerencia dejando sus escritos en el estado prístino original, sin tajar la escritura primaria para hacer aparentar versos, cual se le manifestaba la poesía en el fluir de su pensamiento, distanciándose de la preocupación de cortar las largas tiradas de pensamiento ni dejarse instar por las demandas de la

métrica académica, y menos la pretenciosa búsqueda de una originalidad a fuerza de excentricidades, cual suele haber. La de David es expresión de la sencillez y la naturalidad. Las sutilezas en las que envuelve el sentimiento constituyen un transparente velo dispuesto a soslayar un rostro sin ocultarlo en su entera y real materia. La metáfora es penetrable. A su vez, el poeta sabe conducir sus reflexiones y sus confesiones en dos niveles de expresión, uno de ellos literal perceptible a primera vista, y el otro figurado mediante expresiones simples, sin rebuscados recursos.

Un poemario se bifurca

En su empaque original, *Presencia de lo efímero* era un libro que tal vez siguiera el orden de composición de los escritos en forma cronológica. Mientras leía sus versos, iba notando dos tendencias expresivas: la primera consistía en un confesionario de amor, de encuentros y desencuentros con una pareja ideal, figura evanescente o irreal amada que apenas se concreta, desaparece y reaparece, instando al poeta a una continua búsqueda de ese mutante Ser. De otra parte, se iba formando una especie de crónica donde los poemas se trans-formaban en relatos breves, alternantes con los poemas de amor y del *quest* implícito en su búsqueda —como aquellos caballeros en busca del Santo Grial, no en los predios de una corte medieval y sí en una moderna metrópoli—, interfiriendo en su secuencia lógica en el “libro de buen amor” que el autor iba llevando. Se entendía ser algunos de los trozos literarios breves relatos por separado, lo que en tiempo reciente ha venido en llamarse “minicuentos”, con un par de excepciones que no son tan breves como para aplicarles dicho epíteto.

Procedía, en tal disyuntiva, aislar ambas tendencias y puestas por separado dar forma a dos libros: uno de poemas en prosa, resultante en *Presencia de lo efímero*, conservando el título con el que su autor David Cortés Cabán lo bautizara, rindiendo un número de 26 poemas en prosa, y un segundo volumen de 15 composiciones narrativas el cual, valiéndonos de dos títulos registrados por el autor, rotulamos: “¿Cuál es el Orden? ¡Todo es tan gracioso!” De ese modo quedan consti-tuidas las dos partes de una producción de escritos en prosa poética de David Cortés Cabán que ahora leeremos.

Laberinto de espejos

Considerados esos pormenores como acceso hacia el nuevo libro del poeta, vale acercarse a su contenido.

Aun siendo *Presencia de lo efímero* el título asignado por el autor, percibo en su trayectoria lírica un *Laberinto de espejos* donde David Cortés Cabán —como en *Alicia en el país de las maravillas*, o tal vez en su segunda parte, *Alicia a través del espejo*— va develando sujetos, expresando sentires, habitando exterioridades y revelando sutiles intimidades.

En sus poemas en prosa, los espacios creados y los elementos evocados e invocados en ellos, más las eludidas entidades de presencia efímera —la evasiva figura de un amor ideal o las personas de una literatura costumbrista alternantes, de tono narrativo— ideadas, o los percibidos seres espirituales vueltos evasivos personajes, le prestan forma y hacen espacio a su poesía. En sus captaciones las evasiones se materializan y se vuelven caracteres en reto a la mente deseosa de poner orden al maremágnum de seres en devenir constante; el regodeo en el hábitat de un cerebro en

actividad mediativa en devenir continuado con estancias de segundos para apoderarse de una visión, de percepciones en demanda de materialización tendiendo redes para atrapar a las evanescentes figuras, a veces compañeras de viajes concretas o en la idealidad de las abstracciones en ebullición en la mente del autor empeñadas en volverse presentes en su fluir poético.

Antecedentes del poema en prosa

No podemos precisar, con exactitud histórica, cuando comenzó a cultivarse el poema en prosa. Podemos decir que dicho estilo se puso de moda cuando Charles Baudelaire en Francia publicó *El Spleen de París*, libro de *poemas en prosa*, y de él parte su popularidad en la poesía moderna. Pero decirlo y evidenciarlo son cosas distintas. Hablemos con el ejemplo. Copiemos de *El Spleen de París* lo necesario para, a partir de él y de otros autores, situar la obra poética reciente de David Cortés Cabán al inscribirse en este género de poesía y nadie se sorprenda pensando ser atrevimiento o agresión de la tradición hispánica que desde la Edad Media presumía crear una poesía “de sílabas contadas”, como expresó al introducir su *Libro de buen amor* el Arcipreste de Hita. La publicación de Baudelaire inicia con el poema “El Extranjero”:

—Dime, hombre enigmático, ¿a quién amas tú más?
¿A tu padre, a tu madre, a tu hermana, a tu hermano?

—Yo no tengo ni padre, ni madre, ni hermana, ni hermano.

—¿A tus amigos?

—Os servís de una palabra cuyo sentido desconozco hasta hoy.

—¿A tu patria?

—Ignoro bajo qué latitud está situada.

- ¿La belleza?
 —De buena gana la amaría, diosa e inmortal.
 —¿El oro?
 —Lo odio, como vosotros odiáis a Dios.
 —¿Pues qué es lo que amas, extraordinario extranjero?
 —¡Amo las nubes..., las nubes que pasan... allá
 lejos...
 —Las maravillosas nubes!³

Baudelaire parece ser de esos seres extasiados con las formas que de modo efímero toman las nubes. En su escrito “La sopa y las nubes” narra un episodio con una chispa de humor al final, que conviene tener presente al leer los nuevos escritos de Cortés Cabán. No se pretende analizar los poemas en prosa de Baudelaire, vale sí conocer otro ejemplo de dicho género para aquilatar la aportación de David a este tipo de poesía. Léanse unos fragmentos de “El Loco y la Venus”, del francés:

¡Qué admirable día! Se diría que una luz siempre creciente hace chispear cada vez más las cosas; que las flores excita-das arden en deseos de rivalizar con el azul del cielo por la energía de los colores, y que el calor, tornando visibles los perfumen, los hace subir hacia el astro, como humaredas.

No obstante, en medio de este gozo universal, yo he descubierto a un ser afligido.

A los pies de una Venus colosal, uno de esos locos artificiales, uno de esos bufones voluntarios encargados de hacer reír a los reyes cuando los obsesionan el Remordimiento y el Hastío..., alza hacia la Diosa inmortal sus ojos desbordantes de lágrimas.

Y sus ojos dicen: “Yo soy el último y el más solitario de los hombres, privado de amor y amistad... Sin embargo, y, ¡yo también fui creado para comprender y

3 Baudelaire: *El Spleen de París. Obras*. Madrid, Aguilar, 1961, p. 373.

sentir la inmortal Belleza! ¡Ah, Diosa! ¡Ten piedad de mi tristeza y mi delirio!”

Pero la implacable Venus, mira no sé qué en la lejanía, con sus ojos de mármol.⁴

Más que un poema en prosa, es éste un minicuento. Téngase esto presente, pues constituye el dilema en que incurre nuestro autor en algunos de sus escritos. Esa imprecisión es tan válida para Baudelaire como para Cortés Cabán —la oscilación entre el poema en prosa y el minicuento— y recurriremos a ella al llegar el instante de analizar sus escritos.

Quizás sea pródigo en las citas de Baudelaire, ello se debe a que él, explícitamente, hizo evidente en *El Spleen de París* el cultivo de los poemas en prosa como género literario con valor en sí y esto ayuda a comprender la elección de David Cortés al inscribirse en el cultivo de esta disciplina poética.

De otra parte, el Conde de Lautréamont escribió *Los cantos de Maldoror* en una excelente prosa poética, la cual vale conocer y hacer presente en este contexto. Transcribimos un fragmento para situarnos en la atmósfera de la cual se impregna la poesía de Cortés Cabán, aun a riesgo de no haber él leído alguno de los autores citados. Intentando ver los escritos afines a la creación de nuestro autor, léase el siguiente extracto de Lautréamont:

Al claro de luna, cerca del mar, en los parajes solitarios de la campiña, uno ve, sumido en amargas reflexiones, que las cosas revisten formas amarillas, vagas, fantásticas. Las sombras de los árboles, de pronto rápidas, corren, van y vuelven, variando sus formas, aplanándose hasta adherirse a la tierra... El viento se lamenta a través

4 *Op. cit.*, p. 377.

del follaje con lánguidas notas, y el búho entona su grave endecha que hace erizar los cabellos de quienes escuchan. Entonces los perros que se han vuelto furiosos rompen sus cadenas y huyen de las granjas distantes; corren de aquí para allá por la campiña, dominados de la locura. ...⁵

Pasando de Lautréamont a Pierre Louÿs, en *Las canciones de Bilitis* hallamos, entre otros, el siguiente ejemplo de poema en prosa, lo que sienta sólidos fundamentos en el cultivo de esta variedad de poesía. De Louÿs cito un ejemplo útil para esta-blecer nexos y la validez de la obra de nuestro autor, David Cortés Cabán. En “Los niños”, el francés declara:

El río va casi seco; los juncos ajados mueren en el fango. El aire abrasa y en el centro, lejos de las riberas que ahora quedan muy altas por la sequía, un claro arroyo se desliza sobre los guijarros del lecho.

Y en él, mañana y tarde juegan los chiquillos desnudos, chapoteando en el agua que les llega a las pantorrillas, de tanto como ha bajado el río.

Camina por la corriente y a veces se desliza por las piedras. Los chicos salpican a las niñas, que ríen.⁶

También escribió en Francia André Gide, autor de la famosa novela *La sinfonía pastoral*, creador de prosas poéticas en *Los alimentos terrenales*, de cuyo Libro Segundo tomamos el siguiente fragmento:

¡Satisfacciones!, os busco.
Bellas sois como auroras de verano.

Fuentes —más delicadas por la noche, deliciosas a mediodía—, gélidas aguas de la madrugada; auras a la vera de las ondas; bahías obstruidas por las arboladuras; tibieza de riberas cadenciosas...

5 Conde de Lautréamont: *Los cantos de Maldoror y otros textos*. Barcelona, Barral Editores, 1970, p. 22.

6 Pierre Louÿs: *Las canciones de Bilitis*. Barcelona, Barral, 1972.

¡Oh, todavía hay rutas que llevan hacia el llano...!
Vapores del mediodía; jarales de los campos; y por la noche, los huecos de las muelas; mientras todo esto exista...

mientras haya rutas que conduzcan a Oriente; estelas en los mares queridos; jardines en Mosul; danzas en Tuggurt; cantos de pastores en Suiza;

mientras haya rutas que lleven al Norte; ferias en Nijni; trineos levantado nubes de nieve; lagos helados...; mientras todo esto exista, ..., cierto soy que nuestros deseos no experimentarán tedio.⁷

La poesía mística de Rabindranath Tagore participa de esos poemas en prosa, de un valor espiritual indiscutible, pero como es habitual en la poesía mística —recuérdese el *Cántico espiritual* de San Juan de la Cruz— el mensaje se expresa mediante símbolos de un erotismo propicio al entendimiento humano, como también se percibe en *Cantar de cantares*, del rey sabio Salomón. De Tagore, según se observa en *Gitanjali (Ofrenda lírica)*, el fragmento XXXII describe:

Quienes me aman en este mundo procuran retenerme por todos los medios. No ocurre lo mismo con tu amor, que es mayor que el suyo, y sin embargo me dejas libre.

Temeroso de que les olvide, no se arriesgan jamás a dejarme solo. Pero pasan los días, y tú ni siquiera te muestras.

Y aunque no te llame en mis plegarias, aunque no te retenga en mi corazón, tu amor sigue esperando a mi amor.⁸

7 André Gide: *Los alimentos terrenales. Obras escogidas*. México, Aguilar, 1967, p.84.

8 Rabindranath Tagore: *Gitanjali, La luna nueva, El jardinero*. Barcelona, Editorial Zeus, 1959, de *Gitanjali*, p. 22.

En *El jardinero*, libro del mismo Rabindranath Tagore, se aprecia una poesía en prosa sencilla al expresar un incidente fortuito que despierta el amor en el poeta. El segmento XXII expone:

Al pasar rápidamente por mi lado, me rozó el borde de su falda.

Como de una isla ignorada, me llegó de su corazón una súbita y cálida brisa de primavera.

Me acarició un aliento fugitivo, y se desvaneció, como se pierde en el viento el pétalo arrancado a la flor.

Cayó sobre mi corazón como un suspiro de su cuerpo y un susurro de su alma.⁹

Por lo breve de estos poemas en prosa, y por su afinidad con la idiosincrasia lírica de David Cortés Cabán, no está de más citar un ejemplo más de *El jardinero* del místico Tagore:

En el torbellino y el estrépito de la vida, tú, ¡oh Belleza!, tallada en piedra, permaneces callada y tranquila, solitaria y lejana.

El Amor eterno murmura a tus pies: “Háblame, háblame, amada mía”.

Pero tus palabras siguen encerradas en la piedra, ¡oh Belleza insensible!¹⁰

Hay sinnúmero de segmentos en la obra de Khalil Gibran que podríamos citar para hacer notar el universo lírico en que discurre la obra de nuestro autor arcibeño David Cortés Cabán. Es digno de figurar en este espacio el diálogo que sobre la poesía en prosa venimos sosteniendo, algo escrito por Gibran en su texto *Arena y espuma*.

9 Tagore: *El jardinero*, Op. cit., pp. 154-155.

10 Tagore, *Op. cit.*, p 182.

Si se me diera a elegir entre la capacidad de escribir un poema, y el éxtasis de un poema no escrito, elegiría el éxtasis. Es mejor poesía.

La poesía no es opinión explícita. Es una canción que surge de una herida sangrante o de una boca sonriente.

Las palabras son intemporales. Debes pronunciarlas o escribirlas, recordando que son intemporales.

Un poeta es un rey destronado que se sienta entre las cenizas de su palacio, tratando de formar una imagen con esas cenizas.

La poesía es labor de gozo, dolor y maravilla, con sólo algún signo del diccionario.

En vano buscará el poeta a la madre de los cantos de su propio corazón.

¿No es, lo hasta aquí citado, una poética de Gibran? ¿No constituye, aparte de lo formal, una condición espiritual que satura a su poesía, proyectando una mística a partir de la voz o de las palabras poéticas? Pero concluyamos la cita:

Una vez le dije a un poeta: —No sabremos lo que vales, hasta que mueras.

Y me contestó: —Sí, la muerte es la gran reveladora. Y si en verdad sabes lo que valgo cuando yo muera, es que habré reunido más poesía en mi corazón que en mi lengua, y más en mi deseo, que en la mano.

Si cantas a la belleza, aunque estés solo en el corazón de un desierto, tendrás público.

La poesía es sapiencia que encanta al corazón.

La sapiencia es poesía que canta en la mente.

Si pudiéramos encantar el corazón del hombre y al mismo tiempo cantar en su mente, en verdad viviríamos a la sombra de Dios.¹¹

Gibran podrá parecer místico a primera vista, pero es a su vez un pensador, y envuelve su filosofía en poesía, o se vale

11 Khalil Gibran: *Arena y espuma*, en *Obras completas*. Vol. 2, Barcelona, Ediciones Teorema, 1982.

de la lírica para hacer filosofía. La persistencia de esa mística es un sentir afín al modo de percibir David Cortés la poesía, que hasta en la expresión del eros se perciben las tiernas sutilezas, y muestra una maestría poco usual en el ambiente literario nuestro, donde se destapa un erotismo a ultranza cuando los poetas se solazan en lo extremo de la lírica concupiscencia, si es dado llamarla de ese modo. Esto se dice sin que quien lo expone se considere ser purista.

Ejemplo de poesía en prosa lo ofrece el martiniqués Aimé Césaire en el libro *Las armas milagrosas*. Hallamos en él un segmento, mediante el cual comienza el poema:

El gran machetazo del placer rojo en plena frente había sangre y ese árbol que llaman flamígero y que nunca merece tanto ese nombre como en las vísperas de ciclones y de ciudades saqueadas la nueva sangre la razón roja todos los vocablos de todas las lenguas que significan morir de sed y solo cuando morir tenía el sabor del pan y la tierra y el mar un gusto de antepasado y ese pájaro que me grita que no me entregue y la paciencia de los alaridos en cada rodeo de mi lengua ...
y la belleza eucarística que flamea de tu sexo...¹²

Césaire debe hallarse contemplando un flamboyán — original-mente *flamboyant*: llama flotante— nombrado por el poeta *flamígero*, y hace concebir un árbol de fuego, por lo encendido de sus flores. Se observa también en las islas del Caribe el *bucare*, o tulipán africano —el popular *meáito* de las campiñas borincanas— que en este instante nos obliga a prosificar la poesía de este autor caribeño de mundial fama.

De España, de Juan Ramón Jiménez, no de *Platero y yo*, sino de un libro menos conocido, *Por el cristal amarillo*,

¹² Aimé Césaire: *Las armas milagrosas*. Buenos Aires, Librerías Fausto, 1974, p. 35.

vale citar el poema en prosa “Nubes”, el cual habla de la poesía:

La primera ansia de poesía pura recuerdo que me la dieron, a mis quince años, unas nubes rosas que sobre mi pueblo se desvanecían una tarde de oro, en el azul.

Yo quería hablar de ellas, sin relacionarlas con nada, de ellas sólo, con color y música de ellas; algo muy tenue, muy puro, sin palabras, fugas.

¡Qué lucha! Miraba y miraba las nubes y luego quería que el papel fuese el cielo y mi poesía las nubecillas.

No recuerdo ya los versos, pero recuerdo, entre el papel y mis ojos, el color, la luz, lo ideal.¹³

Otro poeta español que cultivó en poema en prosa, además de una poesía versicular y “épica”, fue León Felipe. En *El Hacha, Elegía Española*, León Felipe inicia con una extraña frase donde “Habla el Prólogo”, éste personificado, sirviéndole como título a esa apertura en prosa poética. Sea el poeta quien se exprese:

¡Oh!, si la poesía fuese tan sólo el callejón torcido de los sueños... un sitio equivocado de sombras y delirio... vahos subconscientes, como queríais vosotros... ¡una pesadilla! Y alguien, cualquiera, tú, por ejemplo, pudiese sacudirme ahora por los hombros y gritarme: ¡Eh, sonámbulo, des-puerta... sal de la cueva... mira la luz!

¡Ah, si aquí, en esta Elegía, no hubiese más que un mundo de trampa y de cortina... y alguien, cualquiera, tú por ejemplo, pudiese decir al acabar de leerla: ¡Eh, señores, riámonos de nuevo, que todo han sido chanzas de juglar...!

¡Ah, si esto no fuese más que una comedia! ... Y uno cualquiera del público, de arriba o de abajo, del patio o de las gradas, del bando rojo del exilio o del bando negro en la *tradición y la Victoria* de pronto se levantara de su

13 Juan Ramón Jiménez: *Por el cristal amarillo*. Madrid, Aguilar, 1961, p. 261.

asiento para increparme enfurecido: ¡Fuera! ¡Que esa no es la voz de la casta!

¡Ah, si mi verso no fuese sino sueño o burla... broma inofensiva... pura broma... veneno en broma... *poison in jest!*¹⁴

Español, exiliado en México de modo definitivo, León Felipe fue cultivador del poema en prosa. En uno de ellos, titulado “Los Lagartos”, aparece un fragmento que no podemos pasar por alto, pues participa del desdoblamiento y las dimensiones en los que se bifurca el poeta. De un poema, dice el autor:

No es un poema surrealista. Porque en él han trabajado dos poetas: el loco y el cuerdo, el romántico y el clásico, el que engendra el poema y el que lo organiza y lo defiende. El poeta loco y romántico puede entrar por la puerta norte del infierno y salir por la puerta sur, pero... *yendo con el otro*. Dante no se arriesga en la aventura... porque va con Virgilio de la mano. Yo también me aventuro y entro por la puerta principal y salgo por el postigo del infierno porque entro y salgo con el Viento.¹⁵

También ha cultivado en España el poema en prosa José Ángel Valente. En su libro *Punto cero, Poesía 1953-1989*, aparecen ejemplos del género. Valente escribió un poema en prosa que parece ser sintomático y el destino de tantos poetas que pasan tiempos considerables revisando un poema:

Imágenes de imágenes de imágenes. Textos borrados, reescritos, rotos. Signos, figuras, cuerpos, recintos arrasados por las aguas. Piedras desmoronadas sobre piedras. Lugar que ahora sobrevuela el polvo. Morada sin memoria, ¿quién te tuvo? Tiempo hambriento de ser empozado en la noche. Simbras palabras y responden

14 León Felipe: *Antología de poesía*. México Instituto Nacional de Bellas Artes y FCE, 1985, p. 121.

15 *Op. cit.* p. 188.

ecos, ecos de ecos en la bóveda incierta de la desolación.
Daría todo el aire por un grito, la posesión del reino por un
solo gemido. Abrieron los augures las entrañas del dios y
entregaron su cuerpo lacerado a los depredadores.¹⁶

ABORDAJE A
PRESENCIA DE LO EFÍMERO

16 José Ángel Valente: *Obra poética 2, Material memoria (1977-1992)*, Madrid, Alianza, 2000, p. 259.

PERO ¿QUÉ ES LA POESÍA?

En su esencia, ¿qué es la Poesía? Yo no sé lo que es la Poesía. Y no me importa ahora definirla exacta-mente. Me basta con conocer los caminos para llegar a ella...

Pero si no tengo hoy una definición precisa, tengo en cambio una prueba para distinguirla cuando la vea, y no dejarme engañar.

TAL VEZ SEA LA LUZ

La Poesía entera del mundo tal vez sea un mismo y único poema.

Yo pienso que es el mito permanente, sin origen ni término y sin causalidad ni cronología; un viento encendido y genésico que da vueltas por la gran

comba del universo; algo tan objetivo, tan material y tan necesario como la luz. ¡Tal vez sea la luz! ¡La luz! La luz en una dimensión que nosotros no conocemos todavía.

León Felipe. *Bardo peregrino*

LABERINTO DE ESPEJOS

Multiimágenes

El *laberinto de espejos* propuesto conlleva una visión de los modos de expresar poéticamente David Cortés Cabán sus sentires, impresiones, captaciones y observación de las realidades patentes en los ambientes por los que transita a veces se materia —calles de una metrópoli que con ser real se vuelve mítica en sus versos— y las más en la interioridad de una psique activa, en constante actividad mental, bien para describir los ambientes que se le manifiestan o para internarse en mundos de meditación transformando lo percibido en poesía fehaciente y creación en movimiento donde el poeta captura el continuo del devenir constante.

Importa que el autor cite de Jorge Luis Borges la sentencia. “El idioma es un ordenamiento eficaz de esa enigmática abundancia del mundo”. En su creación poética-

narrativa David antepone a lo recomendado por Borges la captura de esas aves fugaces, las *ideas*, para a continuación proceder al *ordenamiento* y finalmente procesar la aludida *abundancia del mundo* mediante la aplicación de fórmulas propias.

David Cortés Cabán es maestro de la elusión al narrar mediante una estructura que a ratos nos parece una pompa de jabón deslumbrante a la vista, pero al aprehender el signo preciso del concepto, deviene en algo más difícil de deslindar aun cuando nos hallásemos en la aureola de una historia de amor al parecer simple. Porque el poeta es un enamorado del amor, antes que del objetivo que pueda motivar tal sentimiento.

Entre el poema en prosa y el minicuento

Si David Cortés Cabán intentó escribir un poema, el Destino, Juez Superior de un Tribunal Supremo Metafísico, interventor en un certamen impuesto por la Escritura lírica, interviene para que misterio fluctúe a sus anchas y aprehenda al lector en una red de formulismos desbocados.

¿Cuento? Lo es por la trama.

¿Poema en prosa? Por la subjetividad del misterio onírico que lo emparenta a la escuela suprarrealista, en la plástica al De Chirico de las calles deshabitadas, solitarias, creando espacios que por lo vacíos tienen presencia en el ánimo del espectador. Así también se asemeja al futurismo.

No hay modo de atrapar esta narración entre los hilos de los cánones preconcebidos porque David precisó crear un instante de misterio ilógico antes que escribir un poema al modo tradicional acostumbrado.

El “Problema de perspectiva”, por ejemplo, lo es en tanto *perspectiva* no sea entendida como “punto de vista”,

equivalente a “opinión personal”. Su visión ha trascendido a la metafísica de las percepciones ilógicas intuitas más que a las imaginables. El poema-en prosa-minicuento-relato es uno de los mejores logrados de este género mixto al romper los esquemas de la literatura convencional. Por eso es válida la propuesta con la cual el poeta abre el corpus del libro, y a su vez el poema inicial del mismo, como si pretendiera dar la clave de su escritura total y alertarnos de cómo debemos enfrentar su lectura: *¿Entonces este poema es un desorden?*

Sí, el poema es un desorden perfectamente ordenado. En eso constituye la poética aplicable al libro en su totalidad. Pero, ¡cuidado! *Un desorden perfectamente ordenado* no constituye sinsentido de clase alguna. Estamos dispuestos y listos a enfrentar una poética distinta, mediante la cual el autor rompe con los esquemas de escritura. En vano buscaremos en esta prosa poética reflejos de Walt Whitman o de Baudelaire —obviando lo ya dicho del poema en prosa—; a Cortés Cabán le nace la poesía del imperioso mandato de capturar lo efímero —oficio habitual de la poesía, pero en este caso “con premeditación y alevosía”, como se dice en lenguaje jurídico— y ocultar lo evidente, pues detrás del velo tendido por el poeta está “el cuerpo del delito”. Veremos adelante los procesos de encubrimiento de los cuales se vale el poeta.

Cuando enfrentamos el poema “¿Has escuchado la leve brisa?”, segundo del libro, el título nos mueve a reflexión. Generalmente se formula esta pregunta cuando alguien se halla en estado de confinamiento, en el interior de una casa en medio de un estado atmosférico y la clausura obsede a tal grado de mover la vista al inquirir a un real o imaginario compañero, o preguntarse a sí mismo, si ha

escuchado esa levedad susurrante, cuando la brisa parece silbar una melodía inédita al rozar las hojas de los árboles o penetrar por entre los intersticios de las maderas del hogar. Sensaciones. ¿Percepciones? Captura de lo efímero. En provocarlas y atraparlas es David diestro. Aquí han sido presas, entre las redes abiertas de su poesía.

Se produce además la reflexión sobre el estado anímico cuando los elementos de la naturaleza le prestan sentidos a la ausencia de un sentimiento ignoto —de un amor perdido, pre-sentido, ideado— concebido en el ideal de la poesía. Amor que crea ilusiones, abre las alas, alza el vuelo y se eleva en travesía ascendente hacia lo infinito.

Es título de significados varios “Voces que no tienen edad” por hallarse el poeta desnudando al tiempo —temo decir frente a la Eternidad—, y hasta invita a una travesía intemporal ante la cual debe irse equipado de una piel distinta a lo cotidiano, con sólo enfrentar este epígrafe. Concorre al poema una enumeración que puede dar origen a una serie de historias, pues cada uno de estos temas debería ser desarrollado de modo independiente. Asuntos como *el peso de la soledad*, metáfora vuelta realidad en las percepciones del poeta; la paradoja implícita al concebir que *los árboles se vacían de los árboles*; *El gorrión se aleja, su garganta llena el vacío*; *La imagen también se desvanece*, como si la percepción estuviese hecha de vapor o de distantes nubes listas a desvanecerse; y así otras que siendo absurdas a la lógica de la física realista da sentido de arte y permanencia a la creación poética.

El poema promueve la creación de una atmósfera de cinetismo fugaz, instantáneo, donde la entidad perceptiva no halla estabilidad externa ni en su interior. Podrán ser físicas

las entidades nombradas, pero lo de importancia mayor es la ausencia de paz para el espíritu. El poeta ve, nombra y captura los quehaceres de los demás girando en torno suyo, pero no se halla a sí mismo. La incertidumbre prevalece en este examen psíquico en que se inmerge el poeta. *Me canso de caminar y sigo sin comprender. Quiero regresar y no sé a dónde*. Esta falta de objetivos es lo característico en este devenir del ser en medio del caos espiritual... ¿en el poeta? No sólo de él. De todo aquel que viva la angustia existencial, a la cual se le podría nombrar mediante un cliché que no está dispuesto a pasar de moda: *mal del siglo*. O de todos los tiempos. Porque siempre habrá personas inconformes, sobre todo aquellos poetas y pensadores que traen por misión tomarle el pulso a la vida y ser intérpretes de su tiempo. Entre ellos David Cortés Cabán figura con supremo derecho.

Luego de esa “Voces que no tienen edad”, debemos abordar un poema que estremece por la negación. El título original asignado por el poeta es “No merecemos la luz”. Por medio de la interrogante queda abierta una puerta hacia la meditación, antes que la autoritaria ordenanza privándonos del privilegio de ser iluminados.

Ante el negativismo implícito en la sentencia del poeta —y sentencia es aquí equivalente a imposición judicial— mi conciencia se rebela, viéndome en la urgencia de ripostar mediante esta alternativa: *¿Nos merecemos la luz?* La forma interrogativa deja abierta una posibilidad de enmendar los designios de un destino concebido dictatorial de antemano. Lo curioso, por exagerado, es que en el original, en un poema constituido por un párrafo relativamente breve, el poeta utilice el vocablo *Luz* en 17 ocasiones. Si las reiteraciones pretenden establecer en el

rostro la luminosidad del no creyente, sus excesos son factibles, aun cuando se hiera de muerte a la Estética. Lo peligroso es el tono imperativo adoptado por el autor, como lo haría un ministro de Dios desde un púlpito: *Apóyate en la luz*. Aun así, las oraciones conclusivas de este poema alcanzan un sentido ético-espiritual que no debe ser perdido de vista. Frases como *Cubre tus ojos para ver luz*, cuya paradoja es elocuente; *Algunos han estado en el fondo sin ella. La luz jamás se desvanece*. Esas sentencias conllevan estados positivos de trascendencia humana; éstas, aun siendo metafóricas y relativas al espíritu sus consecuencias, son físicas, además de mentales.

Indudablemente, David Cortés nos trasfiere contantemente de un plano físico a una dimensión metafísica. Para acercarnos a las percepciones de sus poemas en prosa se debe ir acostumbrando la percepción a definir sus medios. *Voces* dan por supuesto las captaciones del oído; en tanto *Miro el paisaje* implica ser la mirada el órgano mediante el cual se aprehende lo observado tenido en perspectiva. Es “Miro el paisaje” brevísimo. Para acercarme a su mensaje debo entrar en un diálogo con el poeta. El texto comienza: “La luz muestra tu cuerpo”. Cortés Cabán se instala frente a la física de la materia, y aun siendo real ver un cuerpo iluminado en lo físico podría adquirir otra dimensión si dijese: *La transparencia muestra tu cuerpo*. La luz iluminaría un cuerpo desnudo o vestido, ¿qué importaría?, en tanto la transparencia incita a observar cuidadosamente las formas tras las sedas por las que se desplazan las urgencias de las pupilas.

De todos modos: *la luz muestra tu cuerpo*, constituye una captura óptica, pero hay parlamentos inscritos en otro

órgano de percepción: el oído: *¿Cuál es tu voz?*, pregunta el poeta. Más adelante declara: *Escucho el cántico de los pájaros...* El mirar puede alcanzar dos dimensiones en tan breve poema: *Miro el paisaje* implica una percepción de óptica inmediata. Pero cuando expresa: *Estoy viendo pasar la vida y no sé interpretar lo que veo*, la expresión alcanza un estado metafísico, el cual debe ser valorado a la luz de los sentimientos, y tal vez desde una dimensión espiritual afín a las religiones de la tierra.

La doble dimensión de las identidades escindidas se ofrece en el poema “La escena”. Al definir el poema de tal modo el autor implica un teatro, pero en el creado por David actor y personaje dialogan para obtener de su contraposición un sentido filosófico, algo distinto y a su vez opuesto a leer por el placer de exquisito gusto. Al parecer, el actor no sabe cuál es su papel en el tablado, por tanto inquiere: *¿Cuál es la escena? ¿Qué es lo útil?* Y a partir de aquí ocurren las reflexiones del poeta transfiriendo su mente a la del personaje, de modo tal que en escena se manifiestan dos entidades, piénsese actores siendo dos dimensiones de la persona misma: el autor-actor y su consciencia. De ahí que pueda apostrofar en segunda persona: *Te pierdes un instante y eres el mismo. Te sumerges en la primera sensación. No regresarás, le digo al otro.*

Este juego de los dobles tiene un sentido más denso y profundo que la simple representación. El escrito de David no es comedia. Pudiera ser la tragedia humana sin implicar el drama físico-social-político en que incurre el teatro común. Lo metafísico es lo evidente. La reflexión vital se expresa en la metáfora: *A esta misma hora debes estar cruzando el otro puente.* Se refiere a la Edad, cuando el tiempo nos acerca a la

curva final de la Vida, por lo cual expresa: *Es otoño y aún no es el fin*. De sobra sabe alguien dedicado a la poesía que la alusión al otoño se refiere a la edad madura del humano, etapa declinante, en las vísperas del vuelo hacia el nunca más —algo así como el *never more* enunciado por el Cuervo de Edgar Allan Poe—, esto David lo sabe y de otro modo lo percibe.

Generalmente se supone un puente etéreo entre la vida y la muerte, para quienes viven la esperanza de un *Más Allá*. Por eso David medita: *Antes de posar el pie sobre el puente el viento te arrastra hasta la próxima impresión*. Es importante que además de esa traslación mental-espiritual del poeta, concluya su propuesta hablando de la próxima *impresión*. Impresión por no haber certeza de lo trascendental del viaje. Impresión no implica el compromiso de la convicción. Cuanto tenemos es la prédica de las cacofonías con las que emisarios de la paz terrena llevan a los oídos de dóciles y fieles de espíritu, sin cuestionarse si las hambres padecidas por los pueblos son por la falta del pan de cada día o debido a la usurpación de las falanges poderosas. En fin, la imagen desaparece. Se cierra el diálogo.

La persuasión. Es la misión del poeta amar lo en apariencia irreal. Las realidades del espíritu son tan ciertas como lo material de este mundo. Lo extraño es hallar con cual sentido se perciben esas entidades, extrañas por ser abstractas, y más aún por ser aprehendidas por un sentido distinto de aquellos cinco utilizables para percibir las cosas materiales. Pero el Universo es más amplio. Eso desde hace mucho tiempo he planteado: *hay tanto mundo en el interior del ser humano como galaxias hay en el universo*. El problema consiste en haber organizaciones políticas,

económicas y pseudo espirituales dispuestas a amputar esas capacidades de penetrar ese universo interno llamado mente y al detenerse el proceso se suspende en hombre y mujer su crecimiento mental, siendo inducidos a ser pigmeos en este mundo de estructuras castrantes. “La persuasión”, poema de David Cortés, se halla ante el umbral de un gran descubrimiento. Confío en que el poeta se convierta en Perseo y penetre en el laberinto dispuesto a matar al minotauro que inhibe al humano el develar el misterio del ser que se halla al final del tortuoso túnel.

El texto “Mientras pasa la vida” enfrenta al lector a una preocupación que lleva siglos de intensas meditaciones y el problema fundamental sigue aún en pie, deviniendo por generaciones de siglos sin hallar respuestas plausibles y menos soluciones. Nos hallamos ante un planteamiento dispuesto a abrir una “caja de Pandora”, donde el ser humano habrá de dejar escapar y a su vez enfrentar todos los males posibles si quiere tomar posesión de sí. Pero el peor de los dilemas es la aprehensión del tiempo que fugaz escapa a cada segundo. De ahí que tenga importancia la forma en que David Cortés descorre la cortina hacia este escenario. “La vida pasa”, es la clave. La llave para dar acceso a lo que viene a continuación. La enumeración en secuencia rápida muestra la maestría con la que el poeta se deshace de cuanto fluctúa en ese devenir apresurado. Las voces, los gestos, los deseos, las miradas, el amor, la soledad, el desamor, la vanidad, la dicha, las palabras, los caminos baldíos, la juventud, la ansiedad, la metrópoli inhóspita, lo concreto y lo abstracto enumerado por el autor, escapa como si las ráfagas de un huracán dispersaran cuanto halla a su paso. Cuanto

somos y da sentido a la vida entra en un remolino y trastorna el sentido de vivir.

Si este comienzo cataclísmico tiene un trascendental sentido, el autor pasa luego a lo específico. El texto se convierte en un elogio al amor. Alternan elementos concretos con estados ideales. La línea conclusiva es certera: *Es primavera y tu alma sigue errante bajo el leve misterio sin suspirar*, pues mantiene al lector fluctuando en el doble plano: físico y metafísico, uncido a un sentimiento primario y en el umbral de lo eterno.

Hay en la escritura de David Cortés la condensación de una filosofía que, como en fórmula química, contiene un mundo de sentidos. “El anciano” es uno de esos escritos a los cuales le basta seis líneas para guardar un tesoro de pensamientos. Cuando el poeta-pensador escribe: El anciano llega hasta donde es posible caminar”, no se refiere a una caminata en el espacio físico: alude al término de la edad, cuando comprende y se pregunta si habrá futuro. El ente se sabe vivir en soledad, y como si estuviese recluso en un hospital puede reflexionar, por medio del poeta: *Desde que partió el último visitante finge no estar solo*. Y en medio de su soledad percibe a la muerte susurrarle: *te amo desde la primera vez*. Hallazgo extraordinario. Si se piensa que el ser humano comienza a descontar desde su nacimiento los días de su existencia, sería absurdo seguir cantando *Cumpleaños feliz*, cuando cada año que se cumple es uno menos a ser vivido en nuestro período de estadía sobre la tierra. Esto David lo percibe al poner por escrito tan segura sentencia. Ello nos hace recordar un decir popular: *la muerte está sentada detrás de la oreja*, implicando acompañarnos siempre. ¿La verdad? Se nace para morir. Cada acto del ser

humano, me refiero a los hechos conscientes no al subsistir para ganar el pan cotidiano, constituye una hilacha que el viviente despierto le arranca al manto de la muerte. La vida del ser humano es como el pasar del viento. Por eso el poeta se vale de una metáfora al exponer: *átame cuando me reconozcas*, para significar ese devenir continuo imposible de apresar su fluir ni contenerlo de ningún modo. ¡El reloj cuenta el tiempo, pero no lo retiene! Y valido de ese mecanismo, súmese el calendario, el humano cuenta sus minutos y los días de su existencia, sin poder evitar llegar al termino otorgado por la Ley de Vida.

Cuando la poesía es reflexión, ¿para qué cortar versos y contar sílabas en el fluir de un pensamiento que nos descubre sensaciones, sentimientos y consideraciones de vida al par que las bellezas de una lírica distinta, divorciada de la cacofonía de ismos sabidos y de los compases congelados en el tiempo? David Cortés responde a esta verdad con intuición de poeta, teniendo a mano y llevando en mente la vara mágica para tocar el idioma y transformarlo en reflexión, antes que la “belleza” manoseada por tantos que se solazan con rimados y cantarinos versos. Salomón, el David del “Llanto por Jonathan”, Tagore, Gibran, entre otros que escribieron versículos o prosa poética, han dado lecciones de lo que es poesía —¡el espíritu de la Poesía!— sin recurrir a la chanzoneta de la rima. Hoy David Cortés Cabán se inscribe en esta acreditada tradición de poetas que saben extraer la quintaesencia de lo bello además del zumo del pensamiento reflexivo por medio de una prosa natural, sin rebuscamientos de estilo ni vanas presunciones.

La amada evanescente. En varios de los poemas escritos por David Cortés Cabán se percibe *la búsqueda*

infinita. Necesariamente acude a la mente una Ella que la mente común, acostumbrada a asociar el pensamiento con *el eros nuestro de cada día* pierde de vista haber necesidades de mayor significado, con todo y ser el amor ideal un fin válido.

Lo difícil de aprehender es la Amada eterna, la Poesía verdadera, ese Ideal a cuya falda desea acogerse el poeta y sólo puede retener hilachas de la evanescente y transparente seda que cubre la huidiza figura de su Amada.

Hay instancias, en que el poeta, David Cortés Cabán, se instala listo a recibir la visita de la Amada, y le transcurre el tiempo, en tanto la naturaleza se desborda en torno suyo. De lo físico exterior, el autor se transporta a lo psíquico interno para reflexionar: *Lo ocurrido en mi cabeza me llega desde afuera, cuando la lluvia cae torrencialmente y sacude los árboles*. El transcurrir en la exterioridad se vuelve, pues, un asunto de reflexión; por eso se pregunta: “Qué significa *torrencialmente* cuando no sabemos nombrar y el alma corre buscándote, esperando ver acontecer algo, que el yo regrese y diga hacia dónde ha ido”. En la evasión se halla el sentido de la poesía. El nombrar cosas y estados físicos y psíquicos son el pretexto. La búsqueda es lo que da sentido al poema “El alma en silencio”, y de igual modo en otros poemas de Cortés Cabán. No nos preocupa si el poeta divaga o realmente vaga, *Esperando verte cruzar el puente del río Yangtsé*, dichos exotismos podrán dirigir la mirada hacia distancias de tipo turístico —si no se trata de soslayadas memorias—, lo de importancia son las travesías internas desfilando por la psique del poeta.

En fin: estos poemas, ¿constituyen una memoria? Al menos una “crónica” del devenir cotidiano del reflexivo autor.

Tiene especial significado “La escena”, porque en este escrito David presenta la escena en doble plano: un poeta lee *Hojas de hierba* de Walt Whitman y un par de obreros trabajan en el patio, aun cuando en un momento dado se intercambian los planos y es el poeta quien deshierba y los obreros son los lectores del poema. ¡Raro escenario! En su conclusión debo meter la mano para insertar un par de conceptos que el poeta no tuvo el propósito de escribir. Cito: “Para no avergonzarlos yo sigo su labor, recojo las hojas *secas* del patio mientras el viento desprende un remolino de hojas *rojas* detrás de mis pasos. Pienso en árboles cuyas hojas son rojas previo a su desprendimiento, enrojecen el césped y sobre él se secan.” Intromisión en el pensar del poeta, a riesgo de prosificar la poesía, de por sí ya expresada en prosa.

Llegados a este término, al dar con un escrito cuyo título es “Poesía”, debemos detenernos en él para sin recurrir a la paráfrasis acostumbrada del crítico —de cualquier crítico — apropiarnos de lo que tiene que decirnos David Cortés Cabán. No está demás decir: nos adjudicamos el derecho de liberar el discurso de algún término que impida el fluir del pensamiento, como cuando un editor se vale del bisturí intelectual para mutilar la criatura de su original creador.

Cito, POESÍA:

Pequeño garfio penetra en mis huesos, huella de antílope en mis sueños ¿qué traes con la lluvia, que traes con el relámpago? ¿Ves algo alrededor? La juventud, la postrera lumbre, el hombre corre y corre sin regresar. ¿Cómo hacer cuando las palabras seme-

jan grandes montañas desoladas? La casa desvelada atraviesa la imagen de la montaña verdosa, de la montaña cerca del jardín borroso. ¿Ves al hombre bajar la escalera y perderse entre la multitud? ¿Qué dice el cántico sobre el puente de cristal? ¿Qué expresan las palabras cuando no puedes más?

De interés es que David Cortés no haya pretendido escribir una poética, como se sospecharía al leer el título, su fin pareció ser el de crear un poema, no el dar una definición de ella. Y aunque parezca prosaica la expresión “Pequeño garfio penetra en mis huesos”, la creación pudiera ser así, torturante, inflexible, demandante de expresar penas y dolores antes que solazarse en idealismos irrealizables. ¡Todo puede pasar!

Al arribar al poema “Cosas del corazón” hallé una frase de significado poético superior, considerando que dicha expresión aplica a la perfección a toda la creación poética de Cortés Cabán: *Laberinto de espejos* daría título a mis reflexiones al usurpar lo escrito por el poeta y transcribirlo al mundo particular del intérprete a quien comúnmente llaman “el crítico”. En “Cosas del corazón” la Enigmática acompaña al Poeta de modo indisoluble. Ella y Yo, son inseparables en este libro de David Cortés. Aun cuando la ambigüedad desvíe nuestro interés en hallar la Poesía como compañera y mueva la sospecha de haber una amante encubierta —la malicia no es buena compañera—, quienes participamos de un idealismo, sabemos si lo ideal obsede a tal grado de personificar a entidades materiales y de dimensión abstracta. Indudable, la Poesía es abstracción. Poesía es entidad con identidad en sí misma. El poema, lo capturado en palabras puesto en la plana de un papel y en las páginas de un libro, puede tener presencia y dejarse acariciar por mirada

libidinosa, pero la Poesía se salva de las obscenidades del lector lujurioso. Sin embargo, Poesía se salva amparada en su pureza. Trasciende al alma. Se eleva evanescente. Hablo de la Poesía trascendental mediante la cual se eleva el Espíritu. A un lado queda el poema social-materialista, elogio de pobreza o demandante de igualdad política y de justicia económica. El poema no es la Poesía. El poema es la ropa, es disfraz. Poesía, si es aprehensible —no capturada, asida ni enjaulada— se instala en ese estado que algunos llaman místico, si mística se refiere a esa parte del Ser donde habitan las energías mentales de esa otra dimensión del humano.

Tras lo dicho, ¿cómo hemos de enfrentar un poema que David ha titulado “La razón”? En “La razón”, el poeta practica un desdoblamiento de identidades dialogando entre sí al plantear asuntos de interés trascendental para el humano. David se sitúa desde la perspectiva del Otro. “Ahora es mi turno, le digo al cuerpo que vuela en el viento y me *tiende* sobre la hierba.” Los verbos, en este escrito, tienen un papel de trascendencia, por las perspectivas que asumen los puntos de vista expresados: le *digo* al cuerpo, implica el imperativo de una persona al ordenar a su propia materia, el ser se vierte sobre sí en segunda persona; *dijo* una voz, nos transfiere a la tercera persona singular; “Es cierto”, *pensé*. Hay una vuelta al yo, esta vez interno en el ámbito de la reflexión. “Es verdad”, *dijo* la voz. Vuelta a la tercera persona singular. Luego aparecerá el *dije*, de la primera persona, sentencioso. Lo cierto es que “La razón” es la que “se devana los sesos” por medio de este diálogo entre entidades internas. El poeta, maestro del desdoblamiento, triplica su ser en ese poema.

La voluntad de soñar es algo difícil, si no imposible de producir a conciencia y propósito. El sueño llega involuntario, sin orden expresa del soñante. A menos que en poeta sea “un soñador”, como suele decirse cuando alguien anda perdido “por los quintos cielos”. Existe el “soñar despierto”, un desear que algo ocurra en ese estado ideal forjado por el pensamiento: ese sueño es deseo. Pero en el universo suprarrealista del poeta puede traerse al primer plano el sueño, y es así como entra en juego el poema “Estamos tratando de soñar”, escrito por Cortés Cabán. “Estamos tratando de soñar, pero aun seguimos despiertos, le dije a la muchacha del Jardín Botánico.” Este versículo constituye el ábrete sésamo, el *fiat lux* para penetrar a un universo surrealista y a su vez impresionista donde surgen como personajes el Arte, dos Artistas y los Girasoles. Y así le escuchamos decir a la ideal muchacha, interlocutora del poeta.

Ante ese contacto dando entrada al Jardín Botánico — de por sí ambiente mágico y de variable colorido— debemos enfrentar el elemento de transición del estado real al universo mágico del poeta: “No es nada extraño. Ahora recojo un girasol, pero no veo que sea de Van Gogh”, dijo ella. En medio de este mundo de transferencias de objetos y confusiones de actos propios del surrealismo, el pensamiento del poeta se desplaza del tiempo actual a la infancia, en tanto Ella lo devuelve a realidad distinta, suprarrealista y cambiante aún. “Una vaca está mirándome, no sé si será la misma vista en mi niñez.” La imagen de “la vaca” le sirve a la muchacha para precisar: “Debes estar soñando con Chagall”. Si recuerdo bien, en un cuadro de Chagall había una vaca subida sobre un tejado. Y esto me hace meditar: ¿se

halla el poeta en un jardín botánico, o está observando una exposición de pintura en un museo de arte moderno? Porque ambas referencias “los girasoles de Van Gogh”, relativos al impresionismo pictórico, y las vacas de Chagall, de factura surrealista, son referentes a las artes plásticas dispuestas en un museo o en una galería. Y si a la realidad de las vacas nos refiriésemos, estaríamos en un zoológico, no así en un jardín botánico. No perdamos de vista que el poeta vivió mucho tiempo en un área cercana al Jardín Botánico del Bronx neoyorkino, donde había una sección zoológica para apreciar antílopes, leones y otras fieras allí enjauladas. Por medio de esta realidad se justifican las trans-ferencias referenciales del zoo al Jardín Botánico.

Las alusiones a las obras estéticas enunciadas, de Van Gogh y Chagall, son pues relaciones mediante las cuales los protagonistas se interrelacionan, se percibe el tono amistoso, por no decir de broma, en que incurren Ella y Él. Ella y Él, cierto. A lo largo de estos poemas en prosa ambos seres se interrelacionan y se complementan dando origen al diálogo continuo, implicando como diálogo también las reflexiones del Poeta. Pero, recordemos: este diálogo se produce en la duermevela del autor, por tanto, es dable concluir del modo en que finaliza su propuesta: “No es posible intervenir en los sueños”, pronunció reflexiva. Es cierto —contesté—. “Además Van Gogh debe estar ocupado entre sus girasoles”, adjudicó conclusiva. Como un envío enigmático pronuncia: *No siempre conseguimos lo que amamos*. Aunque nos parezca distraída, o mejor abstraído, al contemplar o atraer a la memoria las obras pictóricas de dos reconocidos artistas, el poema es en sí una declaración de amor donde se funden dos mundos estéticos en representación de Eros.

ÍNDICE